

SOBRE VANGUARDIA Y ESCRITORES MURCIANOS

POR

FRANCISCO JAVIER DíEZ DE REVENGA

No son muchas las ocasiones en que las manifestaciones artísticas y literarias que tuvieron lugar en las regiones periféricas de España, en las distintas épocas de nuestra historia, son reconocidas en una obra de carácter general. Estamos acostumbrados, víctimas sin duda de las tendencias centralizadoras que han caracterizado siempre a la política y a la administración españolas, a entender la historia del arte o la historia de la literatura españoles como la historia del arte o la historia de la literatura ocurridos en Madrid. Y nos hemos convencido, poco a poco, de que lo que no se ha hecho en Madrid o en Barcelona o en las grandes ciudades de España no merece la pena ser tenido en cuenta a la hora de estudiar una historia general del arte o de la literatura. Y entonces se ha hablado de la «atonía provincial» y del escaso desarrollo cultural de las sociedades recoletas de tantos pueblos y ciudades en España.

Afortunadamente, a partir de la segunda mitad de la década de los setenta, la historiografía cultural española empezó a observar, sobre la base de una documentación objetiva y exhaustiva, que no siempre había ocurrido así, y que en las provincias, o en las regiones, como ahora les llamamos, hubo actividades dignas de ser tenidas en cuenta a la hora de realizar una historia nacional de movimientos artísticos, literarios y culturales. Naturalmente, nuestra insensatez al elaborar estas reflexiones, no nos lleva a la ceguera crítica o histórica. España, sin duda alguna, por más que nos pese, ha fomentado una sociedad centralista y ello ha provocado, que, en efecto, desde nuestro siglo de oro, Madrid sea el centro de todas las



Españas, y, a través de los siglos, la cultura se haya desarrollado de forma insistente en Madrid. Pero también en las regiones y ciudades de España de un cierto nivel cultural. Y es muy cierto que, cuando un artista o un escritor, quería triunfar, a Madrid tenía que trasladarse a vivir, y en el mundillo de la capital de España desarrollaría sus capacidades artísticas si es que las tenía. Y esto desde el siglo de oro a nuestros días.

Pero los que vivimos en las regiones, y hemos tenido la curiosidad de leer lo que aquí se ha publicado, sabemos que ciudades no ya como Sevilla, Valencia, Barcelona o Salamanca, han estado capacitadas para desarrollar sociedades cultas que la historia les ha reconocido en distinta medida, de acuerdo con determinadas épocas. Y también hay que considerar otro factor interesante, a la hora de valorar movimientos culturales: la época. Ha habido épocas de mayor comunicación cultural entre las distintas sociedades que hablan un mismo idioma, y otras en que esa comunicación ha estado limitada o reducida prácticamente a nada. Son notables defectos de la historia, de la Historia con mayúscula, de la «grande histoire», que a nosotros compete, si somos capaces de documentar, corregir y enmendar. A nosotros, historiadores de manifestaciones culturales que trabajamos y vivimos en las regiones.

Habida cuenta de las anteriores consideraciones, hemos de constatar, entonces, que la historia general de España ha sido injusta con muchas de las manifestaciones culturales y artísticas de algunas regiones, y muy especialmente, de Murcia. Hoy, cuando desde instancias políticas e institucionales, desde ámbitos académicos y educativos, tanto se habla de la imagen de Murcia, habremos de volver a considerar el papel que la cultura de esta región ha desarrollado en la historia y tratar de comunicar lo que sabemos a los demás, para así conseguir que alguna vez se reconozca lo que desde aquí se hace o se ha hecho.

Todas estas consideraciones vienen a cuento porque es de justicia proclamar que, por una vez, un libro, el *Diccionario de las vanguardias en España (1907-1936)*, de Juan Manuel Bonet (1), ha empeñado sus esfuerzos para lograr, de una forma total, que no ocurra lo de siempre, y que los trabajos y los días de las regiones no merezcan la consideración que les pertenece. La metodología crítica y estructural de este libro, las capacidades indiscutibles de su autor, los procedimientos, quizá desde el punto de vista informático, de que se ha servido, pero sin duda alguna la voluntad de ser exhaustivo, de trabajar con objetividad, con documentación de primera mano, han sido las que han logrado un fruto granado como lo es este magnífico *Diccionario*, que supera con mucho los límites canónicos que corresponderían a tal especie bibliográfica, para convertirse en un valioso depósi-

(1) Juan Manuel Bonet, *Diccionario de las vanguardias en España (1907-1936)*, Alianza Editorial, Madrid, 1995.



to de multitud de saberes sobre una época tan gloriosa como mal conocida, una época que distinguimos con el nombre de la vanguardia y que abarca desde 1907 a 1936.

Antes de pasar a otras observaciones que pueden ser de interés para nosotros, en tanto que lectores de una ciudad y una región, Murcia, hay que dejar totalmente claro que el *Diccionario* de Bonet es una obra absolutamente excepcional por tres razones fundamentales: se trata, en primer lugar, del trabajo más serio que se ha realizado hasta la fecha para conocer los movimientos de vanguardia en este país; desde el punto de vista de los contenidos y de su compensación y ordenación, tan importantes en cualquier obra científica, pero más aún en un diccionario, se destaca, en segundo lugar, el equilibrio con que han sido elaborados los materiales, ya que los datos exhaustivos y la documentación de primera mano, que en algunos casos puede ser abrumadora, no han alterado ni deformado la armonía general del conjunto; y en tercer lugar el tono de la obra, que revela sabiduría pero también entusiasmo, curiosidad general pero también rigor en las valoraciones, interdisciplinariedad pero también especialización y altura científica, riqueza informativa pero también dominio en la selección de los materiales, rigor documental pero también amenidad y variedad.

Quizá mucha de la calidad de la obra se deba a que el momento escogido es especialmente fructífero para la literatura y el arte. Tenemos en este punto que volver a una observación antes anotada. Hay épocas y épocas. Y, desde luego, la vanguardia española, las dos décadas y media anteriores a la guerra civil, se constituyen en un tiempo de excepcional actividad cultural, artística y literaria en toda España. Y al decir *en toda*, estamos hablando de todo el país, hasta en sus más recónditos rincones. Hubo también, para que esto ocurriera así y no de otra forma, una circunstancia muy especial, que tenemos que glosar aunque sea brevemente.

El simbolismo, como movimiento artístico y literario, desarrolló desde sus mismísimos orígenes una especial tendencia a la comunicación entre las distintas artes. Los movimientos culturales surgidos a partir de esa filosofía y en particular el modernismo en España, tendieron a esta superación de fronteras. El modernismo además generó una especie bibliográfica de gran interés para la difusión de las ideas artísticas y literarias: la revista, la revista poética o la revista literaria, si queremos considerarlo con mayor amplitud. Y cuando nuestro siglo XX comienza su segunda década, coincidiendo con el inicio de los movimientos de vanguardia, en toda España empiezan a publicarse revistas literarias en las que los escritores locales y los escritores de otras regiones intercambian poemas, textos breves en prosa, ilustraciones artísticas.

Se comienza así uno de los períodos de mayor comunicación cultural de este país, que sólo sería interrumpido, en su potencia y en su fuerza, por lo único que



podía interrumpirlo: una guerra civil. La literatura deja de conocerse a través del libro, para difundirse por medio de la revista, en la que también las artes plásticas tendrán un papel muy importante. Y en España, entre 1918 y 1936 se publican más de un centenar de revistas literarias de mayor o menor duración, de mayor o menor nivel artístico, pero capaces de dar a conocer la creación de multitud de jóvenes que sabían que debían renovar nuestras letras, nuestras artes, nuestra cultura. Un material que quedó relegado a archivos particulares, un material que a veces era inencontrable porque muy pocos ejemplares se publicaban entonces de tal o cual revista, y que ha sido dado a conocer en las décadas de los ochenta y de los noventa gracias al esfuerzo de unos y de otros, gracias a las tan útiles ediciones facsimilares, prodigadas en los últimos años, aunque todavía quedan algunas revistas fundamentales por reeditar.

Y faltaba quien pusiera orden y concierto en todo ello, quien reuniera toda la información de las revistas, quien anotara cuidadosamente participaciones y relaciones, y quien identificara, hasta donde fuera posible, a las personas que participaron, en toda España, en tales actividades. Y ese es el papel que le ha correspondido, y que ha logrado con todos los honores, a Juan Manuel Bonet, que en su *Diccionario de las vanguardias en España*, ha realizado con tan fructíferos resultados este trabajo excepcional. Que su obra es una obra de investigación, todavía abierta, lo prueba no ya los resultados a los que nos hemos referido, sino ese último capítulo que sin duda ha de llamar la atención de los lectores, porque no es habitual, titulado «Por dónde seguir trabajando», en el que, como hacían nuestros novelistas del siglo de oro, como hizo Cervantes cuando publicó su primer *Quijote*, la puerta queda abierta para seguir buscando, para seguir investigando.

Dicho todo esto, tenemos que valorar muy positivamente la presencia masiva, exhaustiva y generosa, además de objetiva, de Murcia en el *Diccionario* de Juan Manuel Bonet. Mucho se hizo aquí entre 1920 y 1936 y todo está apuntado y reconocido, en el nivel que le corresponde, en esta obra singular. Murcia, Cartagena, Lorca, La Unión, Yecla, pero sobre todo Murcia capital, fueron ciudades en las que se desarrollaron importantes movimientos artísticos y culturales durante la vanguardia que, como ocurrió en toda España, sólo la guerra civil pudo frenar. Y todos esos movimientos hoy están debidamente identificados, con las personas y con las revistas que hicieron, con las exposiciones y trabajos, individuales y colectivos. Y así, Pedro Flores, Luis Garay, Ramón Gaya, José Planes o Juan Bonafé cuentan con referencia extensa y detendida de sus actividades artísticas e, incluso, literarias. También están Cristóbal Hall, y menciones de Darsy Japp o de Jan y Cora Gordon, entre otros. No faltan los datos completos y adecuados de los siguientes escritores murcianos que cuentan con entrada propia, algunos, seguramente, por primera vez en un diccionario de valor general. Citamos sólo algunos: Joaquín Arderius, Carmen Conde, Francisco Martínez Corbalán, José Ballester, Andrés y María Cegarra, Jesús Poveda, Antonio Oliver Belmás, Eliodoro Puche,



Raimundo de los Reyes, Carlos Ruiz-Funes (y también Anita Puig) y Miguel Valdivieso. De todos ellos se reflejan los datos biográficos, las conexiones con los distintos grupos artísticos y literarios, las actividades que organizaron o en las que participaron, las publicaciones por ellos realizadas y la bibliografía que se ha ocupado de sus obras. Cada ficha se completa con la referencia detallada a la participación del autor en las revistas más representativas de la vanguardia española.

Están, por supuesto, y muy detalladamente considerados, el *Suplemento Literario de La Verdad*, *Verso y Prosa* y *Sudeste*, las tres revistas murcianas relacionadas con la generación del 27, las tres revistas murcianas de vanguardia, en las que no sólo participaron algunos de los escritores murcianos que hemos nombrado, sino además Federico García Lorca, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Gerardo Diego, Vicente Aleixandre, Luis Cernuda, Rafael Alberti y tantos otros que en plena y remota juventud dieron a conocer sus primeras creaciones en páginas nacidas aquí en Murcia. Y, por supuesto, está, y muy bien situado en la consideración que merece, Juan Guerrero Ruiz a quien las letras españolas de los años veinte, treinta y de posguerra tanto deben, se reconozca -como es ahora el caso- o no. Y están las conexiones, algunas menos conocidas, pero que la condición de exhaustivo de este *Diccionario* no deja de detectar y mencionar debidamente. Azorín en relación con la vanguardia y con los poetas del 27, Miguel Hernández y sus orígenes literarios -casualmente los más vanguardistas- en relación con Murcia, con *Sudeste* y con Raimundo de los Reyes, en cuya casa conoció Hernández a García Lorca en la Navidad de 1932. Y Murcia, Cartagena y Lorca, con entradas propias que dan cuenta pormenorizada de movimientos de relación y convivencia de intercambio artístico y cultural.

No cabe duda, por todo lo señalado, que estamos ante un libro que ya hemos calificado con el término de singular, en el que mucho se puede aprender y también gozar, porque el reencuentro con fechas, nombres, libros, revistas, siempre es positivo, pero también porque la abundancia del dato preciso y comprobado resuelve muchos enigmas, muchas incógnitas, que hasta ahora escondían realidades prometedoras, y que quedan desveladas en esta obra de investigación, única en el campo de los estudios de la literatura y del arte español de todos los tiempos.

